LITERATURA

Miguel Hernández: El destino de un poeta

Miguel Hernández se dio a conocer como poeta a los veintitrés años con un libro titulado «Perito en lunas». Pese a los entusiastas, las capacidades adivinatorias del crítico que percibiera un genuino talento tras aquella fatigosa maraña de retórica barroca, tendrían que haber sido excepcionales. «Perito en lunas» es un libro que hoy es imposible leer. Ejercicio de estilo de un epígono de los poetas de la Generación del 27, si se cita en las historias de la literatura es porque lo escribió Miguel Hernández. Tres años más tarde, en 1936, aparece «El rayo que no cesa». Ahí ya surge la llamarada de un poeta excepcional, irregular y profuso en ocasiones, pero ya tocado por el «fuego divino».

Es curioso que uno de los pocos poetas que unió en su vida y en su obra, con admirable coherencia, el sentir y la praxis revolucionarias, empezara escribiendo desde posiciones retardatarias con respecto incluso a la literatura burguesa de su época. Porque, en efecto, Miguel Hernández, católico y tradicionalista en sus comienzos, escribe primeramente una poesía que por su forma y por su significado era absolutamente reaccionaria. Pero tuvo la suerte de venir a Madrid, desde su Orihuela natal, y conocer el formidable revivir cultural de los años republicanos. Aquel antiguo pastor, autodidacta y de facciones inequívocamente campesinas, cae en gracia de un grupo decisivo de hombres: José Bergamín (católico como él, embarcado entonces en la bella aventura cristiano-progresista de «Cruz y Raya»), Lorca, José María de Cossío, Alberti, Neruda. Hermano menor de los hombres del 27, se sitúa por su edad y tendencias dentro de la promoción de poetas del 36, una promoción a la que el tajo brutal de la guerra civil escindió y malogró en gran medida. Es la promoción de los Lorenzo Varela, Serrano Plaja, Herrera Petere, Gil Albert, de un lado; de los Panero, Luis Rosales, Vivanco, Ildefonso Manuel Gil, por otro.

Lector apasionado de los poetas barrocos, Hernández sufrió el estigma gongoriano como sus hermanos mayores. Pero menos formado literalmente que ellos, menos informado o más primitivo, no supo escapar (como Alberti, por ejemplo) al fatal dogal de la imaginería barroca que estranguló a tanto poeta en ciernes por entonces. Cuando Lorca ya había dado con el mundo prodigioso de «Poeta en Nueva York», cuando Aleixandre alcanzaba la cima de «La destrucción o el amor», cuando Guillén seguía redondeando el mundo mágico de «Cántico», cuando Cernuda y Prados llegaban a su primera, gran madurez, Miguel Hernández se enredaba en las volutas y virutas del neobarroquismo entreverado de bronca inspiración populista. Todo ello está presente en muchos poemas de «El rayo que no cesa», un libro irritantemente imperfecto en ocasiones, retorcido, ingenuamente pedante, pero donde de vez en cuando fulgura el relámpago del genio.

Con toda razón, como lo ha hecho en un ensayo magistral José Angel Valente (1), podemos preguntarnos: ¿Qué hubiera sido de la poesía de Miguel Hernández sin la guerra? El neoformalismo todavía visible en «El rayo que no cesa» —animado, además, por un Lorca que empezaba a volver a las formas métricas tradicionales, acaso porque su genio poético, después del esfuerzo genial de «Poeta en Nueva York» y del «Llanto», caminaba hacia su ocaso— era un camino cerrado. Por lo que sabemos, la fe católica de Hernández, que le predisponía tal vez a una admiración sin límites a los aspectos más externos del barroco, se había eclipsado ya. Estalla la guerra y Miguel Hernández se hace comunista. La lucha popular lo enciende. Quevedo, el gran Quevedo; el Romancero, Aleixandre, Neruda, le dejan su huella salvadora. La pasión revolucionaria de Miguel Hernández estalla en «Vientos del pueblo» (1937) y, más remansada, quizá porque los negros presagios de la derrota aparecían por todas partes, en «El hombre acecha» (1938). Miguel Hernández se convierte en la personificación del poeta militante, del legendario hombre del pueblo que empuña el fusil con una mano y con la otra el libro de versos. También lo hacen otros, de una manera u otra: los Serrano Plaja, los Alberti, los Moreno Villa, los Garcías, los Altolaguirres, los Prados, los León Felipe, los Antonio Machado, los Lorenzo Varela, los Gil-Albert, etc., la gran nómina de los poetas fieles a la República popular y a a revolución.

M. Hernández: Republicano y poeta del pueblo

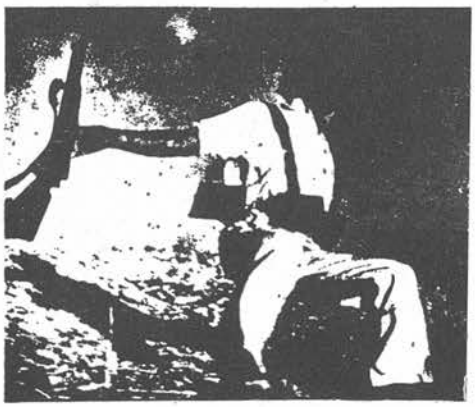
Pero entre todos ellos, Miguel Hernández tiene una voz distinta. Más honda, más arraigada. Porque él es pueblo puro, un hombre salido de la tierra y que vuelve a sus gentes para animarlas, para cantar sus victorias, para llorar sus muertes. ¡Qué verdad tan profunda la suya, entonces! Habrá en sus poemas mayor o menor calidad, caídas de mal gusto, excesos, cierto verbalismo, pero nunca una nota falsa, una emoción simulada, un gesto retórico. Miguel Hernández no es el poeta liberal al que el pueblo ha conmovido y pone su talento a su servicio. Es tal vez el único poeta verdaderamente del pueblo que dio nuestra guerra. Su voz, con la de Vallejo, y, en otro plano, la de Cernuda y la de Prados, fue la más pura de las que cantaron la epopeya republicana. Pero en

(1) «Las palabras de la tribu», Siglo XXI de España, Madrid, 1971.

él la guerra del pueblo no era un estado transitorio: era su vida misma. Poeta militante porque no podía ser, fatalmente, otra cosa, su destino, al final, fue anónimo, como el de cientos de miles de vencidos por las armas franquistas.

En su largo calvario de huidas, detenciones y de cárceles, depura para siempre aquella herencia del barroco más artificioso. Su voz adquiere a la vez una transparencia milagrosa y una profundidad inédita. La derrota muerde su espíritu, y lentamente sus poemas van surgiendo en las terribles cárceles de la postguerra franquista. Es ese «Cancionero y romancero de ausencias» donde aparece el Miguel Hernández transfigurado por el sufrimiento propio y ajeno, dando lo mejor de sí, como poeta natural, como poeta de los dolores y de las tristezas más elementales.

Hay en la poesía de Miguel Hernández algo de inacabado que le impedirá siempre convertirse en un clásico. Nunca pudo llegar a madurar. Esa es su debilidad, pero también su grandeza. Frente a poetas que se sobreviven hasta convertirse en una caricatura de sí mismo, Miguel Hernández murió cuando empezaba a ser un gran poeta. El destino no quiso que lo fuera enteramente. Pero ¡cuánta belleza



hay en esa estructura inacabada! Poeta del pueblo, comunista, no volvió a ninguna «fe de la niñez», como unos con buena y otros con mala intención pretendieron hacer creer un día. Sabía que el hombre cumple su destino sobre la tierra. Su poesía última no deja resquicio a ninguna visión ilusionista del «más allá». Poeta de la materia —como su amigo entrañable Pablo Neruda—, no le hizo trampas a la muerte. Se durmió en plena juventud, comido por la tuberculosis y los malos tratos, junto a amigos que han hecho de su recuerdo un culto. Y a partir de su muerte en Ocaña empezó su leyenda. Pero una leyenda que es verdad: la de un hombre que cumplió aquella suprema aspiración de la poesía moderna desde William Blake en adelante: hacer del querer y el obrar una sola cosa.

Javier ALFAYA

Miguel Hernández y la guerra civil

Editorial Ayuso Peralta, en su colección Hiperión, publicará próximamente un libro inédito de Miguel Hernández titulado "Poesía y prosa de guerra, y otros escritos". Por gentileza de la mencionada editorial, anticipamos hoy en OZONO algunos de los escritos de esta próxima novedad.

LA RENDICION DE LA CABEZA

El día definitivo

Es el primer día de mayo. Hombres de la 16 Brigada Mixta y del Batallón Jaén despliegan una actividad silenciosa, precursora de un violento ataque al enemigo, en las trincheras que ocupan frente al Santuario y Cerro Chico. El edificio de la Cabeza amanece ante el alba sangriento y oscuro. En él veía yo la representación de un tricornio enarbolado, con desgarrones abiertos por nuestra munición. Dentro del pétreo tricornio sentía latir angustioso el corazón de las mujeres y los niños encarcelados por Cortés. Hasta el último momento se le gritó por el altavoz que diera libertad a aquellos seres; hasta el último momento se apoyó en ellos para hacer más larga, ensangrentada y cruel la resistencia.

Al cruzar con el comandante Carlos y Pless hacia el puesto de mando vi tres evadidos de aquella misma noche. Fumaban con los soldados y señalaban la situación de los parapetos enemigos. Llegamos al puesto de mando. Allí encontramos a Pedro Martínez Cartón, que daba órdenes urgentes. El teléfono sonaba sin interrupción. La voz de Pedro Martínez se repartía por él con insistencia. Un viento frío nos reducía la piel a todos. La artillería inició su fuego hacia las seis, cuando la claridad de la mañana definía por completo el perfil victorioso de las sierras.

Martínez Cartón

Parece un hombre hecho de manojos de fibras: ágil, enjuto. Observa al enemigo, ordena el avance, se impacienta, atiende a los que le rodean finamente, va al teléfono, vuelve a la observación, y su voz metálica se desborda en insultos, amenazas y, a veces, interjecciones expresivas. Cuando no resulta el movimiento que ha ordenado como él desea, se le ve sufrir, arder por dentro, lleno de mucho amor propio y mucho hueso vibrante. Ha llevado a feliz término la operación de conquista del Santuario, pero no a la hora que anhelaba.

Pless con su arma de combate: la máquina fotográfica

Bajo las granadas de la artillería los muros del Santuario se desplomaban entre humo blanco y negro, y los ecos de las montañas redoblaban los retumbos de las explosiones. El estampido se oía doble, aullante, con un interminable fragor de lobo.

A las once avanzaron seis tanques hacia Cerro Chico. Pless se desliza tras uno de ellos con un grueso de infantería, dispuesto a dar su vida por lograr una fotografía buena. Pless es un germano maduro que peleó en la guerra europea y que, por tanto, tiene sabrosas experiencias. Sus cincuenta años no le estorban para correr y reír como un chiquillo y en las trincheras parece un patriarca fotógrafo y guerrero.

Por los perfiles de Cerro Chico se arrastraban guardias civiles, y el cañón del fusil les brillaba con un brillo feroz en la luz. Detrás y junto a los tanques iban pecho arriba nuestros soldados. El comisario del 4.º Batallón de la Brigada empuñaba una bandera con el propósito de plantarla en la cumbre del cerro en cuanto se tomase. Era el principal objetivo ambicionado. Dueños de Cerro Chico, el Santuario quedaba indefenso, expuesto a las balas desde todas partes. Los muchachos avanzaban animosos y uno se puso a cantar por lo hondo.

Pless disparaba su arma fotográfica y avanzaba con ellos.

El combate

El enemigo, que dominaba a la perfección nuestras posiciones desde la altura de los dos cerros, se hallaba preparado contra el movimiento ofensivo de nuestras armas en sus puntos más estratégicos, y los dos fuegos se cruzaron carniceros.

Una de las ametralladoras emplazadas en el Santuario extendía su plomo a lo largo del campo, y las balas se ahogaban en la tierra moviendo aire junto a las orejas de los soldados, salpicándolos de barro, haciéndoles escupir tierra. Pero el ejército del pueblo sabe decidirse desde el primer momento a vencer y a morir, y los hombres de este ejército que ocuparon el Santuario subían palmo a palmo hacia Cerro Chico desprendiéndose de las zarzas, tendiéndose, levantándose, cayendo de claro en claro alguno con la pechera como una bandera tinta y mojada. Los camilleros se llevaron al capitán Haro del combate con un balazo y un camillero mismo dobló el cuerpo sobre la camilla que conducía.

La artillería desvió el fuego hacia Cerro Chico y la silueta de los guardias civiles manchaba el cielo buscando protección contra las granadas. Un soldado arrebató la bandera al comisario del 4.º Batallón y gritó:

—¡Adelante el ejército del pueblo!

Entre una ráfaga de balas llegó hasta lo más alto del cerro deseado y allí se mantuvo en el espacio de varios minutos dando vivas a la independencia de España y arrojando contra los del tricornio bombas de mano. Hubo de retirarse porque el fuego enemigo le perseguía y acorralaba.

En medio del encarnizado combate se abrían ligeras treguas para tomar alimento, y el silencio, despojado de disparos y explosiones, recobraba su intensidad serrana. Una lluvia helada golpea manos y rostros, pero existen fuegos que no logra apagarlos ni el agua, ni la nieve, ni el granizo, y el de la guerra y el del entusiasmo son dos.

Los tanques cumplían su misión destructora magníficamente, trepando por las